Mas al cabo de algún tiempo me pareció que los dedos se aflojaban; la mano iba perdiendo su natural calor, y ya no percibía yo bien el soplo de su aliento: la sonrisa permanecía sin embargo.

Cuando el reloj dió las dos y media, la mano estaba ya tan fría que me helaba hasta el corazón. Quise colocársela sobre la ropa para llamar á mamá; pero el brazo estaba tan pesado y rígido, que se me escapó y cayó inerte contra los hierros de la cama. Al fin lo comprendía todo. Dejeme caer de espaldas sobre el pavimento, y lancé á la vez un grito desgarrador, que me asustó á mí propio en el silencio de la noche.

—¡Mamá despierta! ¡Papá se ha muerto!

X

MARIA

Antes de perder el sentido, pude oir todavía á mamá, que se levantaba sobresaltada, y decía respondiendo al grito mío de desolación y de angustia:

—Tú estás loco, Juanito. Mira, ¡si tu padre se está sonriendo!..

Lo que luego fué de mí no lo he sabido hasta mucho más tarde. Llevóme Cárlos á casa de unos vecinos, más ricos que nosotros, que vivian en el primer piso. Toda la casa de alto á abajo, estaba en vela; solamente en nuestra habitación se habían dormido, y todavía Juliana ha estado sosteniendo hasta su muerte que no había pegado los ojos aquella noche.

Ello es que me hallé, ya muy entrado el día, en un cuarto desconocido, y acostado en una camita muy linda, tan primorosamente arreglada como una cama de muñecas. Al lado de la cama, una señora anciana con gafas cosia delantales para los pobres. Estábamos solos ella y yo; pero en el cuarto contiguo se oía mucho estruendo

y una voz que decía entre el chocar de las sillas amontonadas:

—Yo quiero ver á Juanito en seguida; ¡estoy segura de que le consolaré!

No tenía yo necesidad de esta última palabra para volver á entrar en posesión de mí mismo y de mis recuerdos. Me había despertado con un peso abrumador encima del pecho, y aquel peso era ya la certidumbre de mi desgracia. Como me sintiese llorar en silencio, la pobre señora se quitó las gafas para mirarme, y entonces reconocí en ella á la vecina del primer piso, á la señora de Moy, con quien mamá cambiaba una visita á principios de año, pero en cuya casa no había yo entrado jamás, y luego sabrás por qué. Era una señora muy cariñosa, y trató de sonreirme; pero se le agolparon las lágrimas á los ojos.

—¿Es verdad que ya no tengo padre? la pregunté.

—El pobre señor está muy malo, muy malo, me respondió ella con el embarazo de los buenos corazones que emplean misericordiosas mentiras; por poco no se nos va esta madrugada cuando tú perdiste el sentido... Y de todos modos, no hay que tener mucha esperanza, hijo de mi alma.

Al otro lado de la puerta, repetía la misma voz el mismo estribillo: "Yo quiero ver á Juanito en seguida, estoy segura que le consolaré."

Era esta una voz chillona y penetrante, que tenía cierta expresión de cólera y que me irritaba; porque la cólera ha sido siempre para mí un mal contagioso, que contraigo por la sola excitación de los nervios. Yo sabía perfectamente de quién era aquella voz.

Tenía yo en mi casa dos enemigos desde mi más tierna infancia: el perrillo del taller de carpintería, que se me solía agarrar á las pantorrillas, y la niña María de Moy, que me esperaba con la puerta de su casa entreabierta en el primer piso, para llamarme *Juan Farina*, cuando yo subía ó bajaba la escalera. Aquello era verdadero odio.

Una vez me había tirado desde la ventana, en el momento en que salía yo por la puerta de la calle, un tronco que podía muy bien haberme dejado en el sitio. La tenía todavía más miedo que al perro, y eso que éste me había mordido muchas veces; y aquí tienes el motivo por que mi madre no me había llevado nunca á casa de nuestra anciana vecina.

El orígen de esta animadversión, verdaderamente salvaje, se remontaba al primer día del Corpus de que yo me acuerdo. María, que tenía un año más que yo, sus criadas y la señora anciana, habían hecho un hermoso arco de rosas y lirios para sostener al través de la calle una de esas piadosas coronas que aun se balancean hoy en día en nuestra provincia encima del Santísimo Sacramento. Al ir á suspender la corona, se halló que colgaba demasiado, y fué menester atar el arco en nuestro balcón. No era por la gloria del Santísimo Sacramento, sino por su propia gloria, por lo que la señorita María se tomaba tanto interés en la corona, que según ella, debía adornar su balcón.

Al ver la corona pendiente del balcón de *Juan Farina* fué para ella una sofocación terrible. En lugar de ponerse á la ventana para ver pasar al Santísimo, admirando el efecto de su corona y deshojando flores, se en-

cerró en el interior de su casa y no me lo perdonó jamás. Ya siempre fuí para ella el usurpador de su corona.

No te admire el ver que me detengo en este detalle frívolo en medio de un duelo, que fué el primero y uno de los mas amargos de mi vida. María de Moy ocupa un ancho espacio en mi historia. Ella fué la madre de la otra María, mi hija, mi principal orgullo, mi principal amor...

Juan hizo aquí una pausa, y llevó los ojos al cuadro que representaba al pintor veneciano en el momento de fijar en el lienzo las facciones de su hija muerta.

—¡La etapa, murmuró, la principal etapa de mi conversión! Porque yo no soy pintor, es verdad, pero he sido poeta, y como Tintoreto, he luchado con la empresa terrible de hacer el retrato de mi hija en su lecho de muerte.

Pasado un instante, añadió:

—Ya estás al cabo de todo, casi he concluido La señora de Moy, aunque con gran repugnancia, se había decidido á meter á María pensionista en un convento, por ver de quebrantar su carácter diabólico. Habían podido, pues, darme su cuarto, porque ella ya no le habitaba; pero aquel día, por desgracia, era día de *salida*, y estaba desde por la mañana en casa hecha un diablo, llorando, gritando, amenazando, y diciendo que era harto desgraciada en no tener ya ni cama, ni cuarto, ni nada en su propia vivienda. Tan pronto me maldecía bajo mi antiguo nombre de *Juan Farina*, como se enternecía jurando que me perdonaba lo de la corona, puesto que yo estaba llorando; y se sentía capaz de consolarme de

repente sin más que darme todos sus juguetes, todos sus confites, en fin, cuanto tenía.

Entre tanto, volvía los muebles de arriba á abajo y mordía á la criada á quien *adoraba*, según su propia frase.

Yo no la escuchaba demasiado, á causa del quebranto que me abrumaba; pero ya sabes tú cómo los enfermos miran cuanto se hallan en derredor suyo, y qué es lo que buscan, y qué es lo que encuentran en el dibujo de las cortinas de su cama, ó del papel que tapiza su alcoba. Cuando las lágrimas no me cegaban los ojos, miraba al papel de la habitación, donde se repetía cien veces este mismo asunto: dos palomas, que se besaban con sus picos, posadas sobre los lábios de una copa antigua.

Mis ojos iban de una copa á la otra, de una pareja de palomas á la siguiente, y me ponía á contarlas. Iba luego á enfadarme, pero parecíame que mi padre, con su apacible sonrisa, me decía: "Cuenta, cuenta, Juanito, que eso te distrae. ¡Tendrás tanto tiempo de pensar en mí!"

Una cosa me incomodaba, y era la profusión de planas de escritura y de papeles de dibujo que había clavados á la pared. Cada uno de estos obstáculos cubría dos ó tres de mis copas y me impedía contar las palomas; lo cual fué lo que me hizo fijarme en ellos. Habia en los papeles de dibujo estudios de principiante muy mal hechos: puedes verlos si quieres. He vendido mis cuadros pero estos espantajos los conservo todavía.

Y aquí Juan me mostraba con el dedo las cuartillas de escritura amarillenta y las hojas de vitela empolvada, en donde la tinta de la alumna se iba borrando.

—También me incomodaba, prosiguió, contra los largos rosarios de castañas de Indias, y contra los largos

collares de granas de acebo, que estaban entonces nuevas, lustrosas y brillantes; uno conservo todavía: mírale ahí delante de tí: ya está todo carcomido y arrugado; todas estas cosas han durado bastante más que María...

La anciana estaba avergonzada del ruido que hacía la niña, y decía de vez en cuando con suspiros de ternura:

—¡Qué duende, Jesús, qué duende!

Y una vez añadió, dirigiéndose á mí:

—Yo tengo en parte la culpa; ¡ha sido tan mimada. Su madre ha muerto tan jóven... y luego no nos atrevíamos á reprenderla porque tosia lo mismo que su madre.

Y se levantó los anteojos para enjugarse las lágrimas!

—Yo la he visto dar cuartos á los pobres, dije para complacer á la buena señora.

—Sí, eso sí, muy á menudo; y pesetas tambien; dá todo cuanto tiene... y haces muy bien, Juanito, en ponderar el bien qne hacen los demas; ¡pero no es nada extraño; perteneces á una familia tan santa!... A Diós gracias mi chiquita tiene buen corazón. La superiora me decía el domingo, sin ir más lejos: "Es tan buena como traviesa..."

En ésto sonó un gran estrépito, como si todas las sillas se hiciesen añicos á la vez en el otro cuarto.

—¡Diós mio! exclamó la abuela, ¡si se habrá hecho daño!

Pero en el momento en que se levantaba de prisa para ir á ver si María se había desnucado, la voz chillona estalló en un grito de triunfo.

—Dos han quedado cojas, dijo hablando de las sillas y otra partida por el medio. ¡Ah, soy terrible!... pero les

está bien empleado. ¡A ver por qué no me dejan ir á mi cuarto! ¿Creen acaso que le haré daño al pobre Juanito? ¡Yo le abrazaré y le diré que se quede ya siempre con nosotros!... Así.

—¡Qué diablejo, qué trasgo! murmuró la abuela, con mal disimulada satisfacción.

Mas de repente aprestó el oido con muestras de inquietud. No era ya á María á quien escuchaba. Pusiéronsela coloradas las mejillas y bajó los ojos, tosiendo al mismo tiempo como para impedir que oyera.

¡Ah, no era posible! Hacía algunos instantes que me atronaba los oidos un ruido sordo, producido al parecer en toda la casa y aun afuera.

Sentí en las escaleras gente que subía y que bajaba; y luego llegó á mis oidos un canto de iglesia que me cuajó toda la sangre. Sonaban las campanas. Abrióse al mismo tiempo la ventana del cuarto en que estaba María, la que sin duda quiso mirar lo que pasaba por la calle y por la ventana entró la sonora voz del figle, que acompañaba la salmodías fúnebres.

¡Ah! yo no podía engañarme; conocía todo aquello demasiado: precisamente por nuestra calle era por donde pasaban los entierros, anunciados siempre desde lejos por los cánticos del clero, que repetían los fieles.

Aquí en París no teneis nada semejante; pero allá en provincias, cuando los muertos se van del mundo, el pueblo y los curas hablan á Diós por ellos todo á lo largo del camino. ¡Y cuántas veces me había yo arrodillado mirando por entre los torneados hierros del balcón á los que llevaban los cadáveres con paso trabajoso y lento, balanceándose fatigados bajo el peso del ataúd!

—¡Qué! pude balbucir entre los sollozos que me desgarraban el pecho; es que ya...

—Hace ya dos días que estás aquí muy enfermo, me respondió la anciana, y el doctor Olivier ha temido mucho por tu salud.

—¿Y han venido á verme? pregunté.

—Sí; tu hermano Cárlos, que se ha envejecido lo ménos diez años; tu madre, valerosa como las santas, y tus dos hermanas, pobres ángeles... Tu otra hermana, la monja, ha llegado esta mañana, y se espera al militar esta tarde.

Y se hincó de rodillas para rezar, porque los cánticos lúgubres sonaban entonces precisamente debajo de nosotros. Yo tambien quise rezar, pero temblaba todo como un azogodo y no acertaba. Veia el ataud cerrado bajo el paño negro, y le veía tambien abierto con el cuerpo amortajado que contenía. "¡Arre, caballito, vamos á Belen!" escuchaba yo entre el *Libera me Domine;* y oía tambien bajo el fúnebre paño cosido á grandes puntadas: "¡Oh, Corazón santo! ¡Sed el padre en esta casa!" y tambien: "Buenas noches, Juanito; me duermo..."

Pero había allí además otra voz, tu voz pobre madre querida, que lloraba á mi oido diciéndome: "Tú estás loco, Juanito; ¿qué ha de estar muerto, si se está sonriendo?"

No estaba yo para oraciones. Tenía decidida voluntad de implorar á la Vírgen, no por mi padre, á quien creia bienaventurado, sino por nosotros, es decir, por mamá; y el Ave-María jugaba conmigo de una manera cruel, no podía atraparla... Comenzaba:

—Diós te salve, María... María, María... Vos ya me

entendeis, ¿no es así? El está cerca de Vos. Escuchad lo que os diga por nosotros, Santa María, Santa María...

Alejóse el cántico y se cerró la ventana de la pieza contigua. La señora de Moy volvió á sentarse, toda agitada y estremeciendo su cabeza venerable. No me dijo una palabra, y eso que hubiera yo querido que me hablase, porque tenía remordimiento de la postración en que me hallaba y de la intolerable persistencia que ponía en seguir en mi pensamiento anonadado las filas de copas y de palomas...

¿Qué hacía mi madre en tanto?

Había una, quiero decir, una copa, que estaba cortada por un rosario de granos de acebo, y no veía yo más que una de las dos palomas: el esfuerzo que hacía para desviar el rosario y ver el otro pájaro me bañaba las sienes de sudor frío. Parecíame que aquello era sólo lo que me hacía sufrir.

Ya no se oía á María en el otro cuarto, ni el ruido de la calle, ni nada. La abuela era para mí un objeto inanimado, como los muebles ó los bordados de las cortinas. No había allí nada vivo más que las largas filas de pájaros, que desplegaban las alas y extendían el cuello sobre el empapelado.

¿Cómo se está en el cielo? ¿Tenía allí todavía mi padre la misma sonrisa ú otra aún más hermosa? Pero ¿era verdad todo lo que me pasaba? ¿Y era posible que papá no me volviera ya á poner sobre sus rodillas?

La voz de la criada que cuidaba de María en la otra habitación, dijo á alguien que sin duda acababa de entrar.